

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (Génesis 15, 1-6; 21,1-3): *Así será tu descendencia.*

Salmo (127, 1b-5): *«¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!»*

2ª lectura (Colosenses 3, 12-21): *El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo.*

Evangelio (Lucas 2, 22-40): *Mis ojos han visto a tu Salvador.*

El Concilio Vaticano II, en la constitución sobre la Iglesia en el mundo nos dice que: **«del acto humano por el cual los esposos se dan y se reciben mutuamente, nace, aun ante la sociedad, una institución confirmada por la ley divina»**. Una institución que, en estos tiempos, se cuestiona su validez, su importancia, se pretende diluir en otro tipo de modelos relacionales que no constituyen una auténtica familia. Ante esto tenemos que contemplar a la familia de Nazaret y hacer que, por lo menos las familias cristianas, entiendan que su unión se realizó desde la fe y fue sellada con un sacramento, por ello tendrán que vivir desde el respeto y el amor.

María y José constituyen una familia: son esposos, y solo desde la disponibilidad de María y la obediencia de José fue posible constituir esta familia, una familia cuya clave fundamental será vivir en el amor. Por ello el Hijo de Dios nace en el seno de una familia judía, piadosa, que no se sale de la norma tradicional y religiosa. Al tener un hijo se felicita a las familias porque es el acontecimiento más gozoso que puede sucederles, pero este gozo estará unido al dolor porque un hijo implica, para los padres, la entrega, el darse al hijo olvidándose de sí mismos, tanto el padre como la madre.

Es lo que sucedió en la familia de Nazaret. José tuvo que velar para que María pudiese dar a luz en un Belén atestado de gente que iba a inscribirse en el censo, tuvo que partir a Egipto huyendo de la persecución de Herodes y finalmente mantener a la familia en la soledad de Nazaret, donde **«el niño, en el seno de su familia, iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba»**.

En el nacimiento de Jesús tenemos la garantía de que comparte plenamente la condición humana, en todo, menos en el pecado. Por tanto, su crecimiento y desarrollo será en el seno de una familia que le acoge y le facilita ese cotidiano y lento *“convertirse en hombre”* abrazando todos los aspectos de la humanidad sin olvidar la obediencia a sus padres. Jesús dependía totalmente de ellos en las primeras fases de su vida.

El amor que José y María ofrecen al Niño Jesús le va preparando para convertirse en ese hombre capaz de relacionarse y amar; de ellos va aprendiendo ese amor humano transido de obediencia a Dios. Recordemos la relación sublime de amor humano que María y José mantienen conociendo su tarea sagrada de padres frente a Jesús. Y Jesús aprende de ellos la forma humana de obedecer incluso a Dios.

El Hijo de Dios, pues, se hizo carne en las entrañas de María y nació en el seno de una familia, una familia normal de su tiempo. Una familia israelita creyente y cumplidora de la Ley. El hijo de Dios será llamado el hijo del carpintero. El evangelio nos recuerda que, cuando se le cumplieron a María los días de la purificación, Jesús es llevado al Templo de Jerusalén para ser presentado a Dios y hacer la ofrenda por el rescate del primogénito.

Hoy todavía conmemoran los judíos, el Bar Mitzváh (el hijo de la Ley). Cuando se cumple la edad de trece años, el joven va al Templo y allí recibe la Torah que de ahora en adelante será como el tribunal supremo de su obediencia a Dios. Con este rito del Bar Mitzváh que se realiza en el Templo, no se niega la obediencia a los padres, sino que se inicia al hijo en la responsabilidad personal frente a la ley. A partir de ese momento los jóvenes pasan a ser considerados, según la *“halajá”* o ley judía, responsables de sus actos y obligado a observar los 613 mandamientos de la Torá.

La familia de Nazaret es una familia que habitualmente sube a Jerusalén a celebrar la Pascua. Cuando Jesús cumple esa edad sube con sus padres al templo para cumplir con la ley. Jesús causa tal admiración entre los doctores, que le están iniciando en los conocimientos de la Ley, que le retiene entre ellos y Él se manifiesta como hábil aspirante a ser un rabino, maestro de la ley.

Sus padres, José y María, echan en falta la presencia de Jesús en la caravana de regreso y le buscan en el único espacio donde ellos piensan que Jesús se ha podido entretener y por fin lo encuentran entre los escribas y doctores. Cuando ellos intentan reprocharle ese descuido haciendo valer su preocupación por encontrarle, Jesús les recuerda que ellos deberían saber que Él tenía que dar preferencia a la Ley, a la Palabra de Dios, a la voz de su Padre celestial; ese era el cometido de su investidura como Bar Mitzváh. Una vez más vemos que la vida de Jesús, sin dejar de ser Hijo de Dios, se comporta como miembro de una familia humana y al final de su tarea que cumple como Hijo de Dios se incorpora de nuevo a la familia que tiene su estancia en Nazaret. Allí se comporta como aprendiz de adulto y de la humanidad que le transmiten su familia y sus vecinos: en la obediencia a sus padres con los que colabora en el trabajo y desarrollo de la vida familiar y social.

Pongamos hoy ante el Señor a nuestras familias, a todas las familias, para que sigan siempre el modelo de la Sagrada Familia y constituyan así una *“Iglesia doméstica”*.